

distinguido como el acontecimiento mas notable de un año lunar. La narracion de un combate empeñado entre dos ejércitos se interrumpe en lo mas interesante para dar cuenta de que allí se encontraba, ó de que llegó á la sazón, ó de que murió á tal tiempo en cualquier punto que fuese tal poeta ilustre ó tal astrónomo afamado. Conócese que estaba como encarnada en aquellas gentes la apreciación del mérito literario, y así correspondia á un pueblo en que los califas eran eruditos, en que los príncipes eran bibliotecarios, y en que los guerreros soltaban el alfange con que habian combatido para empuñar la pluma y transcribir con ella las escenas mismas en que acababan de ser actores en los campos de batalla.

Anticiparemos, sin embargo, aunque mas adelante tendremos ocasion de hacerlo observar, que era esta una ilustración mas brillante que positiva, mas superficial que sólida y mas poética que filosófica, con cuya prevención ya no nos maravillaremos tanto cuando la veamos desaparecer.

Tal era el estado de los dos pueblos, musulman y cristiano, cuando murió el ilustre Alhakem Almostansir Billah. Uno y otro van á sufrir grandes mudanzas y alteraciones en su situación física y moral.

## CAPITULO XVIII.

### ALMANZOR EN CÓRDOBA:

DE RAMIRO III. Á ALFONSO V. DE LEON.

De 976 á 1002.

Situación de los tres reinos cristianos al advenimiento del califa Hixem II. — Menoría de Ramiro III. de Leon. — Pónesele bajo la tutela de dos religiosas. — Imprudencias y desórdenes del monarca en su mayor edad. — Irrita á los nobles y proclaman á Bermudo II. el Gotoso. — ALMANZOR primer ministro y regente del califato. — Imbecilidad del tierno califa. — Obra Almanzor como soberano del imperio. — Su nacimiento: sus altas prendas: su conducta. — Jura eterna guerra á los cristianos. — Sus dobles campañas anuales. — Sus triunfos. — Fuga de Bermudo II. á Asturias. — Toma Almanzor á Leon y la destruye. — Sus victorias en Africa. — Conquista á Barcelona. — Recóbrala el conde Borrell II. — Descripción de las fiestas nupciales del hijo de Almanzor. — Los Siete Infantes de Lara. — Vence Almanzor y hace prisionero al conde Garcia Fernandez de Castilla: su muerte. — Destruye el gran templo de Santiago de Galicia. — Triunfos de los musulmanes españoles en Africa. — Muerte de Bermudo II. de Leon. — Alfonso V. — Calamitosa situación de la España cristiana. — Alianza de los soberanos de Leon, Castilla y Navarra para resistir á Almanzor. — Refuerzos que este recibe de Africa. — Famosa batalla de Calatañazor. — Glorioso triunfo de los cristianos. — Almanzor es derrotado despues de veinte y cinco años de victorias, y de cincuenta batallas felices. — Muere en Medinaceli. — Epitafios de su sepulcro.

Podemos anunciar que llegamos á uno de los períodos mas importantes de la dominación sarracena en España. El nombre del personage que va á la cabeza

de este capítulo lo dice también bastante al que no sea del todo peregrino en nuestra historia de la edad media. En el hecho mismo de ponerle al frente, no siendo Almanzor califa, damos ya en entender suficientemente que no va á ser el califa, sino su primer ministro, el alma y el sosten del imperio musulmán y el gran competidor de los cristianos en la época que nos toca describir.

Por una rara y singular coincidencia, de los cinco estados independientes que se han formado en nuestra Península, á saber, el imperio árabe, los reinos de Leon y de Navarra, y los condados de Barcelona y de Castilla, en los tres primeros y mayores reinan simultáneamente tres niños, Ramiro III. en Leon, Sancho Garcés el Mayor en Navarra, Hixem II. que ha sucedido á su padre Alhakem II. en Córdoba: acontecimiento nuevo para los tres reinos, de donde hasta ahora hemos visto excluidos los príncipes de menor edad. ¿Cuál de los tres tiernos soberanos prevalecerá sobre los otros? Naturalmente habrá de preponderar aquel que tenga la fortuna de ver depositadas las riendas del estado que él no pueda manejar en manos más robustas y vigorosas, el que vea encomendada la dirección del reino á persona de más talento y capacidad, la de la guerra á genio más activo y emprendedor.

Habiase confiado la tutela y educación del tierno monarca leonés y la regencia del reino á dos muge-

res, á dos religiosas, que lo era ya su tía Elvira cuando subió Ramiro III. al trono, y entró también después en el claustro su madre Teresa, la viuda de Sancho I. Por fortuna á la natural flaqueza del sexo suplía la piedad y discreción de estas dos mugeres, en términos que no solo marchaba en prosperidad el estado bajo su gobierno, sino que en una asamblea de obispos y magnates celebrada en Leon (974) se dieron gracias á Dios por los particulares beneficios que el reino disfrutaba bajo la acertada y prudente dirección de las dos piadosas princesas, y principalmente de Elvira, que era la que ejercía más manejo en los negocios públicos, hasta el punto de decir aquellos próceres, que si por el sexo era muger, por sus distinguidos hechos merecía el nombre de varón<sup>(1)</sup>. En principios de virtud y en máximas de sana moral educaban las dos religiosas princesas á su real pupilo; ejercitábanse en piadosas obras y fundaciones; remediaban y corregían abusos, contándose entre sus medidas la supresión que de acuerdo con los obispos hicieron de la silla episcopal creada en Simancas por Ordoño II. contra los sagrados cánones que prohibían la existencia simultánea de dos cátedras episcopales en una misma diócesis. Prosperado hubiera el reino de Leon bajo el gobierno de tan virtuosas y discretas se-

(1) *Et quoniam scriptum est rorum ac feminarum, set qui* (dijeron aquellos ilustres varones) *recte credit et recte agit sine dubio vir nuncupatur, etc.* Risco, *minum diversorum sexuum vi.* Esp. Sag. tom. 34, pág. 283.

ñoras, si por una parte el príncipe no hubiera, á medida que crecía en años, crecido también en aviesas inclinaciones, desviándose de los saludables consejos de su madre y tía, y dado rienda á sus pasiones juveniles y á los instintos de su natural soberbio y altivo; y si por otra parte el reino leonés hubiera podido conservar la paz que habían respetado Abderrahmán III. y Alhakem II., y no se hubiera levantado en el imperio musulmán un genio inquietador y belicoso que había de poner en turbación y conflicto todos los estados cristianos.

Como si diera por perdido el tiempo que las directoras de su educación habían tenido enfrenadas sus malas tendencias y quisiera darse prisa á indemnizarse, así obró Ramiro III. tan pronto como salió de su menor edad. Con pretexto de que no debía tolerar que el reino continuara gobernado por mugeres y de querer manejar los negocios por sí mismo, emancipóse de sus dos prudentes ayas, contrajo matrimonio con una señora llamada Urraca Sancha, de no conocida familia y no señalada por lo prudente; y lo que fué peor, juntando Ramiro á los caprichos y desarreglos de su corta edad los ímpetus de un natural presuntuoso, despreciador de los grandes, no cumplimiento de las palabras y desatento y acre en las respuestas, ni instruido ni veraz ni discreto <sup>(1)</sup>, de tal

(1) Tal es el retrato que de este príncipe nos ha dejado el obispo Sampiro en el número 29 de su Crónica.

manera disgustó y desabrió á los condes y próceres de Galicia, Leon y Castilla, ya de por sí poderosos y envalentonados, que los mas se le hicieron enemigos, y los de Galicia abiertamente se le rebelaron proclamando á Bermudo, hijo de Ordoño III. y aun procediendo á consagrarle como rey en la iglesia de Santiago (980). Noticioso Ramiro de esta novedad salió con sus tropas en busca de su competidor: encontráronse ambas huestes en Portela de Arenas, donde se dió una batalla, en que murieron muchos de ambas partes, mas sin que se decidiera en favor de ninguna la victoria. Retiróse Bermudo á Compostela, y Ramiro, que de suyo no era muy belicoso ni esforzado, volvióse también á Leon. La muerte que á los dos años sorprendió á Ramiro dejó á su rival desembarazado el camino del trono. Fué sepultado en San Miguel de Destriana, donde yacia su abuelo Ramiro II. <sup>(1)</sup>.

Resonaba ya por este tiempo en toda España el nombre de Almanzor. ¿Quién era este famoso personaje que desde el principio se anunció tan terrible para los cristianos? Dirémoslo.

(1) Suponen algunos haber vivido todavía Ramiro dos años, fundados en tres diplomas de este rey hallados en el monasterio de Sahagun, que llevan la fecha de 984. Dada la autenticidad de estos documentos, resultaría haberse retirado á aquel monasterio despues del reconocimiento de Bermudo como rey de Leon. Mas en cuanto á la duracion de su reinado, parece no dejar lugar á duda los testimonios contestes de Sampiro, del Silense, de Lucas de Tuy y de Rodrigo de Toledo. Debemos, no obstante, advertir que así en este reinado como en el que le sigue, se nota tal discordancia de fechas entre los autores, que no hay medio fácil ni acaso posible de conciliarlos. El haber terminado Sampiro su luminosa crónica que tan-

Al morir el ilustrado califa Alhakem II. habia dejado (cosa extraña en aquella prolífica familia) un solo hijo de poco mas de diez años, que á pesar de su corta edad fué sin oposicion reconocido y jurado califa por los grandes del imperio bajo el nombre de Hixem II.: primer ejemplo de una menoría en los anales del califato andalúz, como lo habia sido en los del reino de Leon la de Ramiro III. Hallábase á la sazón de hagib ó primer ministro aquel Giafar que tanto se habia distinguido en las guerras de Africa (976). Pero habia entre los vazzires de la córte un hombre que por su talento, por su afabilidad y gentileza se habia captado el favor y la confianza de la sultana Sobheya, la esposa favorita de Alhakem, la que habia intervenido en todos los negocios del imperio durante los últimos diez años, y la sola muger que habia hecho un papel político en la historia de los Omniadas. El hombre que así habia merecido la predilección de la sultana viuda, y á quien esta habia hecho sucesivamente su secretario íntimo y su mayordomo, se llamaba Mohamed ben Abdallah ben Abi Ahmer el Moaferi: habia nacido en una aldea cerca de Algeciras; su pa-

ta luz nos ha dado hasta aquí, la falta de memorias de aquel tiempo de que ya un respetable historiador se queja muy fundadamente, y los errores introducidos por el cronista Pelayo de Oviedo, han podido ocasionar confusión tan sensible. Felizmente conviniendo casi todos en los hechos, han ve-

nido á aclarar mucho su cronología las historias arábigas últimamente publicadas, que no pudieron ser conocidas de aquellos respetables escritores, y de ellas y de su cotejo con nuestras crónicas resultan bastante ilustrados los sucesos del último tercio del décimo siglo.

dre habia sido muy particularmente honrado por Abderrahman III., y su madre pertenecía á una de las mas ilustres familias de España. Habia venido al mundo en el mismo año de la famosa derrota de los musulmanes en Simancas, «como si Dios (añade un historiador crítico) hubiera querido señalar y como compensar aquel desastre de los musulimes con el nacimiento del que habia de ser su vengador.»

Este hombre, que además del favor de la sultana viuda, gozaba por su valor y prudencia de la consideración y el respeto de los vazzires de palacio, de los gefes de la guardia y de los walíes de las provincias, fué nombrado por Sobheya primer ministro de su hijo sin quitar el título á Giafar, pero encomendando á su favorito la tutela de Hixem, y la regencia y dirección del imperio: ofendióse de ello Giafar, pero disimuló su resentimiento. Vióse desde entonces el imperio árabe en una situación nueva. La política de Almanzor, y lo que es mas extraño, la de la sultana madre, fué mantener al tierno califa en una ignorancia y como niñez perpétua para que ni conociera nunca su posición ni nunca pensara en emanciparse de la tutela en que se propusieron tenerle. Alejaron de su lado los maestros á quienes su padre tenia fiada su educación, y rodearonle de jóvenes esclavos que le tuvieran entretenido con sus juegos en los jardines de Zahara. Ni Hixem pensaba en otra cosa que en divertirse, ni su madre y tutor le permitían hacer mas

que crecer entre juegos y deleites, siempre encerrado en su alcázar, sin comunicar con nadie sino con los muchachuelos de su edad; pues si en ciertos días se daba entrada en palacio á los vazzires, hacíaseles retirar en cuanto le saludaban, como suponíendole en cierto estado de imbecilidad intelectual. De modo que el niño Hixem era, mas bien que califa, un preso incomunicado, y solo por las monedas y oraciones se sabía que habia un califa llamado Hixem; pero el verdadero califa de hecho era Almanzor, que obraba en todo como si fuese el legítimo soberano, los decretos se publicaban en su nombre, que se esculpía tambien en las monedas, y se oraba por él en las mezquitas al propio tiempo que por el califa.

Aunque su elevacion habia sido del gusto de la mayoría de los vazzires y walíes del imperio, no faltaron algunos que se mostráran hostiles, y uno de los primeros cuidados del regente soberano fué irse deshaciendo de sus enemigos y rivales, castigando directamente á unos, é indisponiendo mañosamente á los otros entre sí haciendo que se destruyéran mutuamente. Al mismo tiempo ganaba á los poderosos con honores, á los soldados con larguezas, á los sábios colocándolos en altos puestos, siguiendo en esto el sistema y la política de Alhakem. Si alguna medida odiosa se veía precisado á tomar, como la disminucion de la guardia slava devota de los Omniadas, tenia el ardid de hacer recaer su odiosidad sobre su

compañero Gíafar, desprestigiándole con los Meruánes mismos. Y mientras meditaba como acabar de perder sin estrépito á Gíafar, tuvo la astucia de comprometer á su hijo en la guerra de Africa, negándole los auxilios que le pedia, y dando lugar á que cayérase prisionero (4). Asi llegó á adquirir un grado de poder irresistible; poder que habia de ser bien fatal á los cristianos, porque á la manera que Anibal habia jurado sobre los altares de los dioses ódio eterno é implacable á Roma, asi Almanzor habia jurado por el nombre del Profeta acabar con los cristianos españoles

(4) El erudito orientalista Dozy, en sus *investigaciones sobre la Historia política y literaria de España en la edad media*, hace el siguiente retrato de Almanzor, de quien ciertamente no se muestra apasionado: «Un solo hombre llegó no solo á hacer impotente al califa su señor, sino tambien á derribar los nobles de entonces, ya que no la nobleza. Este hombre que no retrocedía ante ninguna infamia, ante ningun crimen, ante ningun asesinato, con tal de arribar al objeto de su ambicion; este hombre, profundo político y el mas grande general de su tiempo, ídolo del ejército y del pueblo, á quien la fortuna favorecía en todas las ocasiones; este hombre era el terrible primer ministro, el hajib de Hixem II., era Almanzor. Trabajando únicamente por afianzar su propio poder, se contentó con asesinar sucesivamente los gefes poderosos y ambiciosos de la raza noble que le hacian sombra, pero no trató de destruir la aristocracia misma. Lejos de confiscar

los bienes y tierras que esta poseía, era por el contrario el amigo de aquellos patricios que no le inspiraban temor, (pág. 2 y 3).»  
Cuenta mas adelante (pág. 208), como dos poderosos gefes de los eunucos slavos concibieron y trataron de realizar el proyecto de proclamar por sucesor de Alhakem II. á su hermano Al-Mogirah, en lugar de su hijo Hixem, aunque á condicion de que aquel hubiera de declarar á su vez sucesor del trono á su sobrino. Comunicaron el proyecto al ministro Gíafar, el cual fingió aprobarle, pero habiéndolo revelado con el fin de tomar medidas para conjurar la conspiracion á varios de sus amigos, y entre ellos á Mohammed ben Abi-Amer (después Almanzor) éste se encargó de asesinar á Al-Mogirah, «y estranguló al joven príncipe que aun no sabia la muerte de su hermano.» De este y otros semejantes hechos, que cita tambien Almakari, no dice nada Conde.

y no descansar hasta conseguir el estérmino de su raza.

Con este designio hizo paces con los africanos, y celebró con el fatimita Balkim, que tenia sitiada á Ceuta, un tratado de amistad, por el que el emir africano se obligó á enviar anualmente al regente de España cierto número de soldados y caballos berberiscos; lo cual dió ocasion á que algunos murmuráran de que teniendo enemigos declarados en Africa se mostrase tan dispuesto á inquietar á los cristianos de Galicia y de Afranc, que años hacía estaban siendo fieles cumplidores de los tratos de paz hechos con Alhakem. Almanzor supo acallar todas estas murmuraciones, y cuando hubo recibido los primeros refuerzos de Africa, emprendió sus primeras escursiones por los territorios cristianos (977), dirigiéndose primeramente á la España oriental; dadas allí las convenientes órdenes para las sucesivas campañas á los walíes de aquellas fronteras, torció hácia las del Duero, y con las huestes de Mérida y de Lusitania hizo una incursión esploratoria en Galicia, taló campiñas, saqueó pueblos y ganados, hizo cautivos, y se volvió impunemente á Córdoba satisfecho del éxito de sus primeras algaras <sup>(1)</sup>.

(1) En este mismo año se acabó en Ecija el acueducto que habia mandado hacer la sultana madre, y en él se puso la inscripcion siguiente:

«En el nombre de Dios clemente y misericordioso, mandó edificar esta acequia la señora, engrandézcala Dios, madre del Príncipe de los creyentes el favorecido

Y sin embargo, no eran estas correrías sino el preludeo y como el ensayo de otras mas sérias y terribles expediciones que meditaba. Desembarazado de los rivales que podia temer, á excepcion de Gíafar, casi el único que quedaba; dueño de la confianza de Sobheya; reducido á la nulidad el califa Hixem; contando con los socorros de Africa, y obrando ya en fin con la autoridad de un soberano, pudo dar principio á la realizacion de sus proyectos y de su plan de campaña, que consistia, como despues se vió, en hacer por lo menos dos irrupciones anuales en tierras cristianas, invadiendo alternativamente ya el Norte, ya el Oriente, con la velocidad del rayo, y dejándose caer repentinamente allí donde menos le podian esperar. Tocó á Leon y Galicia sufrir el ímpetu de la primera irrupcion (978). En manos aquel reino de un monarca niño y de dos piadosas mugeres, no preparado por otra parte á la guerra, y acostumbrado á la paz en que Alhakem le habia dejado vivir, poca resistencia podia oponer al intrépido guerrero musulman, el cual volvió á Córdoba llevando consigo porcion de jóvenes cautivos de uno y otro sexo, siendo recibido con grandes demostraciones de entusiasmo. Entonces fué cuando, al decir de varios autores,

de Dios, Hixem, hijo de Alhakem, prolongue Dios su permanencia, esperando por ella copiosas y grandes recompensas de Dios: y se acabó con la ayuda y socorro de Dios por mano de su artífice y

prefecto cadí de los pueblos de la cora (comarca) de Ecija y Carmona y dependencias de su gobierno, Ahmed ben Abdallah ben Muza, en la luna de Rebie postrera del año 307.»

se dió á Mohammed el título de Almanzor (*El Mansur*), el Valeroso, el Defensor ayudado de Dios.

O muy desinteresado ó muy político Almanzor, no recogía para sí otro fruto de estas expediciones que la gloria de haber vencido: el botín distribuíalo todo entre los soldados, sin reservar mas que el quinto que tocaba por la ley al califa, y la *estafa* ó derecho de escoger que se dejaba á los caudillos. Hombre de memoria y retentiva, conocía á todos sus soldados, y conservaba los nombres de los que se señalaban y distinguían: hábil en el arte de ganarse sus voluntades, inspeccionaba personalmente los ranchos de todas las banderas, restableció la costumbre de dar banquetes á las tropas despues de cada triunfo, y convidaba á su propia mesa á los que se habian distinguido en el campo de batalla. ¡Y ay del que se atreviera á murmurar de su liberalidad para con los soldados! En la expedición que con arreglo á su sistema hizo en la primavera de 979 á las provincias fronterizas de la España oriental, fué tan pródigo en la remuneración de las huestes que le siguieron, que hubo de quejarse el hagib Giafar de lo poco que del quinto del botín, llamado el lote de Dios, habia ingresado en el tesoro. Súpolo Almanzor, y sirvióle de buen pretexto para desembarazarse del único competidor que le quedaba, redújole á prisión, confiscóle todos sus bienes á nombre del califa, y le despojó de todos sus honores y empleos. Cuatro años mas tarde

corrió la voz de que Giafar habia muerto de consunción y de melancolía. Historiadores hay que suponen haber tenido mas parte en su muerte la voluntad de Almanzor que ninguna enfermedad.

Pero tan espléndido como era con los soldados, tanto era de severo y rígido en la disciplina. Dice Almakari, que cuando les pasaba revista, no solo los hombres estaban en las filas inmóviles y como clavados, sino que apenas se oía un caballo relinchar. Cuenta que habiendo visto un dia relumbrar una espada al extremo de una línea faltando á la uniformidad del movimiento, hizo llevar á su presencia al culpable, el cual interrogado por su falta, dió una excusa que no pareció suficiente á Almanzor, y en el acto le mandó decapitar, y que su cabeza fuera paseada por delante de todas las filas para escarmiento de los demás. Al mismo tiempo era elemento con los vencidos y no permitía ni hacer daño ni cometer violencias con la gente pacífica y desarmada. Su política con los cristianos, á quienes por otro lado deseaba exterminar, la confiesan nuestros mismos cronistas. «Lo que sirvió mucho á Almanzor, dice el monje de Silos, fué su liberalidad y sus larguezas, por cuyo medio supo atraerse gran número de soldados cristianos: de tal manera hacia justicia, que segun hemos oido de boca de nuestro mismo padre, cuando en sus cuarteles de invierno se levantaba alguna sedición, para apagar el tumulto ordenaba primero el

suplicio de un bárbaro que el de un cristiano (1).»

Este hombre singular, cada vez que volvía del campo de batalla, hacía que al entrar en su tienda le sacudiesen con mucho cuidado el polvo que habían recogido sus vestidos, y lo iba guardando en una caja hecha al efecto, la cual constituía uno de los muebles mas indispensables y de mas estima de su equipage, con ánimo de que á su muerte cubriesen en la sepultura su cuerpo con aquel polvo, sin duda por aquello de la Sura ó capítulo IX. del Coran: «Aquel cuyos pies se cubran de polvo en el camino de Dios, el Señor le preservará del fuego.»

Tal era el nuevo enemigo que de repente se había levantado contra los cristianos. Con esto llegó á entusiasmar de tal suerte á los musulmanes, que todos á porfía pedían alistarse en sus banderas, y no eran los menos entusiastas los africanos berberiscos, á quienes daba una especie de preferencia, y de quienes llegó á hacer el núcleo y la fuerza principal de su ejército. Supónese que en una revista general que pasó en Córdoba contó hasta doscientos mil ginetes y seiscientos mil infantes: cifra prodigiosa que no puede entenderse fuese toda de tropas regimentadas, sino de todos los hombres dispuestos á tomar las armas en los casos necesarios. Tenía, si, un grande ejército activo y permanente que le acompañaba en todas las

(1) Mon. Silens. Chron. n. 70.

espediciones, el cual se engrosaba además con la gente de la frontera por donde hacía cada invasión. Aunque sus irrupciones eran inciertas, acometiendo indistinta é inopinadamente ya un punto ya otro, invadía con mas frecuencia la Castilla y la Galicia que la España oriental. Llevaba siempre consigo á su hijo el joven Abdemelik para acostumbrarle á los ejercicios y á las fatigas de la guerra. El lector comprenderá lo difícil que debía ser para los escritores de aquellos tiempos dar cuenta de todas las campañas de este hombre esencialmente guerrero, que sin contar mas que las dos espediciones anuales que infaliblemente realizó, resulta haber hecho en veinte y seis años de gobierno cincuenta y dos invasiones por lo menos en tierras cristianas. Las principales de ellas, sin embargo, han quedado consignadas, ya en nuestras historias, ya en las crónicas árabes.

Las de los primeros años no podían menos de ser felices para el ministro regente, descuidados los cristianos, desavenidos entre sí, y ocupando el trono de Leon un rey joven, de poco atinada conducta, y no muy querido del pueblo. Debíó, no obstante, el peligro mismo y la necesidad obligarlos á aperebirse y fortalecerse cuando las mismas crónicas musulmicas nos hablan de una campaña en el año 370 de la hegira (1), en que habiéndose encontrado frente á frente

(1) Este año árabe comprendió desde el 16 de julio de 980 al 5 de julio de 981 del año cristiano.